

fin, discurrendo lo restante de Italia y mayores provincias de la Europa.

Es remedio utilísimo aprovecharse, en tales casos, de la variedad y diversión; porque si ya no los concluye, por lo menos los hace más tolerable y pasaderos. Así, por esta causa, como porque otros dos caballeros la incitaban con la misma curiosidad, avisando á su patria y dejando al primo en Nápoles para que atendiese á la correspondencia de España, tomar y remitir cartas y avisos, con su nueva compañía dió principio á su jornada y peregrinación.

Desde Venecia, habiendo ya corrido algunos meses lo mejor de la Italia, fué la última carta que de él tuvo su primo; porque, aunque siempre se estuvo en Nápoles, y año y medio esperándole, fué por demás el saberse de él; y así, habiendo vuelto los dos compañeros con nuevas de que le dejaban en la ciudad de Praga, muy al cabo, saliéndose él de Nápoles y advirtiéndole á Lisboa de semejante daño, caminó en su busca; pero no hallándole en el lugar que venía informado, ni seña ni aun razón que le satisficiese; cruzando la Alemania, se pasó á Flandes, adonde, militando debajo de los estandartes del Archiduque Alberto, á pocos días murió animosamente en la rota de Ostende. La nueva de la enfermedad de don Enrique, y la partida de su primo buscándole y el pasarse otros tres años sin saberse de ellos, no sólo confirmó el rumor que ya andaba

en Lisboa de su muerte, sino que ocasionó otra, en su tanto, semejante desdicha.

CAPITULO LXXXVIII

Prosiquese la historia, volviendo después de algunos años don Enrique á Lisboa.

EN este ínterin, el héroe de esta historia, á quien el cielo guardaba vivo, en remotas provincias, siendo cierto el peligro que tuvo en Praga; al fin, convaleciendo, no obstante que sus dos compañeros le dejaron primero, prosiguió sus intentos, mirando muy despacio la Hungría, Transilvania y Polonia; y por ello, parte de Moscovia, los confines de Europa, hasta la Laguna Meotis; y torciendo el camino, con la misma perseverancia y olvido de sus cosas, paseó la Alemania, y entrándose por el Septentrion hasta la Escandinavia, no sin grandes peligros y necesidades, la atravesó; y en ocasión que, hallando urcas flamencas, pudo pasar á sus Bajos Países, desde adonde, sabida la muerte de su primo, poniendo tal desdicha, en el número de los innumerables trabajos que le acarreó su pasión ciega, no queriendo tener á sus tristes padres y esposa en más crecida suspensión, se embarcó para Lisboa, llegando á ella después de seis años de ausencia y de tres que, no sabiendo de él, le tenían por muerto.

Venía ya tan curtido del sol y tan otro con sus peregrinaciones, que pudo seguro aventurarse, saliendo á tierra en hábito flamenco: y así, antes de anochecer, como el amor de su dama arrastrase los demás respetos, sin tocar en su casa guió al convento; en cuyo torno, preguntando con prisa por su hermoso dueño, viéndole la portera, extranjero en vestido y portugués en el habla, extrañó la novedad; y con la misma, oyendo que la traía cartas y que éstas se habían de dar en locutorio, volvió al punto á llamarla.

No incitaba su prisa el pensar de él quien fuese, porque mucho tiempo antes habían olvidado semejantes sospechas; sólo la admiración y novedad del traje formó tales extremos. Tornó, pues, con la respuesta, y más curiosa, le hizo otras importunas preguntas; hasta que, en fin, por remate de ellas, le remitió á una grada, para que allí esperase á doña Leonor. Y habiendo obedecido, después de un breve espacio, que en sus deseos fueron siglos muy largos, vió que abriendo de la parte de adentro una pequeña puerta, ya casi anochecido, llegaban á la reja cuatro monjas; y que la una, acercándose más, le preguntaba lo que quería. Pero no tocó apenas la voz á sus oídos, y dije mal apenas, á su vista la sombra de su rostro, cuando, sin embargo, del velo, del hábito y aun de la oscuridad, conoció en ella no menos que su querido y dulcísimo empleo, á su hermosa dama, á la ocasión que le traía de

tan remotas y extranjeras provincias. Y quedando suspenso del impensado traje de su vista, dió lugar á que, viendo tal suspensión, se le volviese á repetir la misma pregunta, á quien, pasándose algún tanto su turbación y espanto y juzgando por devoción ó voto á su venida el religioso hábito, desatando la lengua así, amoroso y tierno, dijo á su dama las siguientes palabras:

—Pues ¿cómo así, querido dueño mío, tan mal conocimiento halla mi voluntad? ¿Tan corto fué el pincel que imprimió en vuestro pecho mi retrato? ¿Ya no me conocéis? ¿Tan poco firme ha sido aqueste esclavo, vuestro amante perdido, vuestro don Enrique ausente, que ni el tiempo ni el hábito le pudieron hacer desconocido en vuestros ojos, olvidado en vuestra memoria? Yo soy. ¿Qué me miráis? ¿Qué os suspendéis? Pues seis años de ausencia aún no han sido los del famoso Ulises, ni los furiosos vientos y ardientes soles, si han denegrido el rostro, por lo menos no han tocado mi alma, no han mudado su ser ni su firmeza; porque ésta ha sido intacta, siempre invencible y perdurable; y lo será también mientras el cielo diera aliento á mi vida y vos olvido á su perseverancia.

Así, llorando lágrimas alegres, discurría don Enrique, cuando atajó su plática el ver que de improviso, al pronunciar su nombre, levantaban los gritos hasta el cielo, tapándose los rostros las presentes, y que, haciéndose cruces, aun sin pa-

rar en esto, con crecido alboroto, atronando el convento, se salieron huyendo de la grada, dejando sola en ella á su hermoso dueño. La cual, aunque se vió desamparada, con varonil denuedo quedó gozando sin temor la presencia del que (si no tenía por el difunto amante) á lo menos creía fuese su espíritu.

CAPITULO LXXXIX

Escríbese la traza con que don Luis Antonio dispuso en aqueste intermedio parte de su venganza.

Por cierto que fué la de esta dama maravillosa y gallarda prueba de un firme y verdadero amor. Mas ¿qué no emprenderá este rapaz gigante? ¿Qué hazaña, qué peligro, qué temores, qué riesgos no han vencido y acabado sus encendidas flechas, aun siendo gobernadas del más frágil sujeto, de la más tierna y delicada doncella? No quiero dilatar con tan común materia aquesta historia ni con afectos tan experimentados sus discursos; antes, volviendo á ellos, sabréis si pude con razón exagerar el valiente ánimo con que doña Leonor esperó semejante suceso; pues no fué menos (y según en su concepto estaba creído) que haberse puesto á razones con un muerto, quedarse sola con quien había muchos días que le tenían por tal; y en conclusión, estar

firme y entera, hablando á un fantasma, á un alma en pena.

Pasaba esto en hecho de verdad, y así lo he ponderado, porque quiero que así quedéis mejor desengañados en la forma que tan incierta nueva se apoderó, no sólo del crédito y verdad de sus padres y dama, empero de toda la ciudad, de todo el reino. Ya os acordáis, como atrás queda dicho, el mal que tuvo en Praga don Enrique; el viaje de su primo buscándole, la muerte de éste en Flandes, y últimamente, la gran quiebra y desmán de su correspondencia, cartas y avisos. Es, pues, el caso ahora que como ninguna cosa de éstas se le encubriese á don Luis Antonio, porque no sólo en casa de sus contrarios, en el convento de su hija, mas en Flandes, en Italia y Bohemia tuvo centinelas y espías que le advirtiesen de sus pasos, ó ya para prevenir su venganza entre ellos, ó ya por otra causa reservada á su pecho, y como fuera de esto, ni los ruegos de poderosos príncipes, de personas religiosas, ni aun las continuas lágrimas de su propia mujer hubiesen alcanzado el perdón del ausente, porque su airado espíritu, presentes sus injurias, clamaba sólo por el castigo y venganza, así siempre regido de sus deseos sangrientos, maquinaba los días y pensaba las noches algún camino ó medio que ya en parte y en todo se le diese á sentir sin riesgo suyo. Y con semejantes desvelos, juzgando que el mayor castigo sería

dejar imposibilitada de casarse á su hija, no obstante que sabía que por primicias de su parto criaban sus abuelos un hermoso retrato de su hijo, niño que era su mayor consuelo, emprendió el principal de sus intentos, valiéndose, para mejor ejecutarle, de algunos papeles y cartas que el primo de don Enrique dejó á sus camaradas el día de aquella infeliz rota y su muerte; los cuales, por inteligencias notables, habiendo llegado á su poder, y no menos que en medio del rumor y aun de las lágrimas que derramaban sus contrarios, tanto por el aviso que desde Nápoles tuvieron, cuanto por el que, habiéndole buscado y nunca parecido, envió desde Flandes su difunto primo, aprovechándose juntamente de tan buena ocasión, sin más esperar, hizo que conforme la letra y firmas que tenía, se falseasen unas cartas, con tan dispuesto disimulo, diestras y fundadas razones, que fuesen suficientes á darlas crédito. Fingíase en el principio de ellas cómo el primo difunto, un día antes de la batalla (porque es loable costumbre de cualquiera caballero y soldado), había descargado su conciencia y escrito, por punto principal de ella, aquellos avisos y cartas; y así, después de un breve prólogo, en que trataban de esto, su progreso mayor fué dar cuenta á sus tíos de la muerte de don Enrique en Praga de Bohemia y de algunos legatos y obras pías que les dejó encargados en el último artículo. Y tras de tan amargas nuevas, largas

disculpas en cuanto á la omisión de tal aviso, excusándose con el deseo de atajar su sentimiento. Con lo cual, concluyendo, así mesmo quedó forjado el cauteloso engaño, prosiguiéndolo con tan buena dicha y con tan eficaces razones y fingimientos del portador, que fué un soldado de los mismos países, que no sólo se creyó y tuvo por cierto, empero se le hicieron las funerales honras, con tan grave dolor de sus pobres padres, que fué mucho poder sustentar la vida, y mayormente la triste y affigida dama, que era el blanco principal de esta empresa. La cual, después de algunos meses, que gastó llorando con perseverancia increíble su miserable ruina, su desamparo y soledad, su viudez sin ser casada, su afrenta sin remedio, y al hijo hermoso con tan infame título, al fin, al fin, no pudiendo hacer cosa más digna, rindió á los hados, digo, á la voluntad y juicio del cielo, su honrada determinación, tomando el hábito de aquella religión y profesando con gusto y voluntad, llegando el término.

CAPITULO XC

*Conclúyese el suceso con el incierto fin
de don Enrique.*

YA conseguidos sus rabiosos deseos, si bien malográndose en ellos, murió su padre de doña Leonor dentro de pocos días, dejando cuanto pudo mandar y disponer de su hacienda, repar-

tida en memorias y patronazgos por sí y por su hijo, en que acabó de conocerse el sentimiento intrínseco que le causó su inocente muerte hasta aquel punto.

Este, pues, era el estado y término en que halló don Enrique sus cosas, y este era el concepto mañoso por quien las monjas, según oísteis, se alborotaron, y con tan temerosa aprensión, que ya, en el interin, hubieran muchas apellidado la vecindad si otras más recatadas y prudentes no lo impidieran con más ánimo y brío, pues convocándose casi todo el convento, muy pocas animosas bastaron á que las demás las siguiesen y entrasen con velas encendidas, cruces y agua bendita, adonde, por lo menos, juzgaban hallar muerta á doña Leonor.

Mas como en estos medios su turbación hubiese sosegado, y creciendo las lágrimas y aun las razones dulces de su amante, fuese también cayendo poco á poco en la cuenta, y advirtiendo que no tenían delante ningún cuerpo fantástico, apenas con las luces que entraron acabó de desengañarse y las demás monjas de satisfacerse, cuando reconociendo su desdicha, la cautelosa burla de su padre y el estado imposible á que de su voluntad se había reducido, sin poder resistir el ímpetu y coraje de su corazón, la pena y sentimiento de su alma, turbados los vitales espíritus, se cayó desmayada en los brazos de las que la acompañaban, estando á tan lloroso espec-

táculo el afligido caballero en términos de hacer otro tanto.

Bien conocieron y rastrearon todas la causa original del parosismo de la infeliz señora, y así, juzgándola por grande, disculparon su extremo; mas viendo que no tornaba en sí, despidiendo al amante, la llevaron á su lecho, en quien, pasadas veinticuatro horas, cuando volvió en su acuerdo fué turbada la lengua y muerto, por lo menos, todo de lado siniestro, cosa que, aunque aumentó en don Enrique sus desventuras y lastimó generalmente la ciudad, se estimó por menor daño del que prometía tan prolijo desmayo.

Y así, no obstante tales inconvenientes, de consejo de sus viejos padres, que ya gozando de su vista no se acordaban de los pasados males, con el parecer de personas doctas que tenían por inválida la profesión de doña Leonor, llevando recaudos bastantes, alentado de las lágrimas y continuas importunaciones de su dama, y aun por no dejar su hijo con tan infame título, partió á Roma, si bien sólo sirvió su viaje de cansarse sin fruto y acabar, con el desengaño que allí le dieron, de perder la esperanza y la paciencia. Y plega á Dios que con ella no haya perdido el alma, pues desde que se embarcó, para volverse, en una nave genovesa, hasta hoy que se escribe esta historia, no se ha sabido vivo ni muerto de él, de la nave ni de cuantos en su compañía se hicieron á la vela; con que, sin duda al-

guna, se puede presumir que acabó sus peregrinaciones, sus ansias y amorosos deseos en el mismo elemento; en las mismas aguas y profundas ondas en que tuvieron principio, apresurando con tan triste nueva la muerte de sus viejos padres y el miserable fin de la infeliz doña Leonor,



Los dos Mendozas.

CAPITULO XCI

Historia sexta y última de esta primera parte, con el origen, fundamento y antigüedad de la insigne Villa de Madrid, adonde sucedió.— Descripción de Madrid.

A doce leguas de la imperial Toledo, en la mitad de las Españas y Citerior Tarraconense, está fundada la memorable y famosa Villa de Madrid, corte real y cabeza de la más estimada monarquía que ha visto al mundo desde sus principios, cuyos originarios fundadores, como siempre sucede en cosas muy antiguas, tienen tan oscura noticia, que casi de toda ella los tiempos espaciosos y largos siglos no han dejado más esencial memoria la tradición de su segundo nombre, que es Mantua Carpetana, así la llama César en sus *Comentarios*, ó por el mismo apellido de los vecinos montes, ó por la semejanza de esta voz